

CONVIVENCIA CIUDADANA Y FE CRISTIANA

P. Luis Ugalde, S.J.*

ABSTRACT:

The man is away from himself and his fullness. Instinct is enough to animals to realize themselves. Humanity seeks to be as God, and builds idols in that way. Fails the fullness but in that search Humanity builds civilizations with human goals and anti-human failures. Humanity builds religious or secular gods who are Lords, who dominate and oppress. There are searches, efforts and religious myths and also - especially from West- two secular utopic-proposals, rationalist and anti-religious to banish evil and human limitations. The Rationalist and liberal Illustration, with goddess reason we will do free and human, according to one, and the communist paradise arising from the abolition of private ownership of the means of production that eliminates all evil and all lack and domination. In both the Christian faith is excluded, by obscurantist or alienated and alienating. The Church has been on the defensive and trying to assert the coexistence and complementarity of faith with science and reason and justice.

KEYWORDS: *Be as gods, human search and construction of idols. Ambiguity. Discernment. God-Love. Reason, science and justice. Coexistence with recognition.*

* El P. Luis Ugalde es jesuita venezolano nacido en el país vasco en 1938 y con muchos años en Venezuela. Es licenciado en Filosofía y Letras por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá en 1962, licenciado en Sociología por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) en 1973, Licenciado en Teología en Frankfurt (Alemania) en 1970 y Doctor en Historia por la Universidad Santa María de Caracas en 1991. Es especialista en Historia económica y social de Venezuela. ha sido director de investigaciones sociales en OESE y del Centro Gumilla de los jesuitas en Caracas. Superior provincial de la Compañía de Jesús (1979-1985) y Presidente de CONVER de Venezuela (1983-1986). Fue elegido Presidente de la Confederación Latino-Americana de Religiosos (CLAR, 1985-1988). De 1986 a 1990 ha sido Vicerrector Académico de la UCAB y desde 1990 es Rector de dicha Universidad. Estuvo entre los fundadores del ITER. Como Rector de la UCAB por largos años, ha promovido la adscripción del mismo a la UCAB, de cara a construir una facultad de Teología con valor civil. Entre sus libros señalamos: «Educación católica y sociedad venezolana. Líneas para una definición» (1974); «Historia de la Compañía Manoa en el Delta del Orinoco» (1989); «El pensamiento teológico-político de Juan germán Roscio» (1992). Recientemente acaba de ser elegido como individuo de número de esta distinguida Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Correo electrónico: lugalde@ucab.edu

“La hormiga conoce la fórmula de su hormiguero. La abeja conoce la fórmula de su colmena. No las conocen ciertamente al modo humano, sino al modo suyo. Pero no necesitan más. Sólo el hombre desconoce su fórmula” (Dostoievski). El hombre, carente de su fórmula, se encuentra fuera de sí mismo, perdido, alienado. Entre lo que es y lo que quiere ser se abre un abismo y se inicia la búsqueda creativa permanente, más allá de su instinto animal, que también es su base de vida. Búsqueda de la humanidad y de cada persona. En el mito bíblico del diálogo de la serpiente tentadora y Eva en el Paraíso, el astuto reptil, que encarna el engaño del mal, promete a los humanos que si comen del árbol prohibido de la ciencia del bien y del mal, “serán como dioses”, es decir lograrán la libertad y la plenitud(Génesis 3,5).También el mito de la Torre de Babel(Génesis 11) y el de Prometeo presentan - de diversas maneras- el intento y el fracaso de ser como dioses y alcanzar el cielo de su libertad y plenitud. La distancia entre lo ya poseído de la indigencia humana y su sueño y deseo de plenitud abre el campo de la búsqueda, creativa y transformadora. El hombre más allá de su instinto animal, se hace creador, inventor, productor que transforma. Es la civilización con sus logros y fracasos.

CONSTRUCTORES DE ÍDOLOS

En ese espacio, abierto por el alejamiento, la alienación y el deseo, entre lo que somos y lo que queremos ser, el hombre se convierte en constructor de ídolos. La humanidad es finita y trascendente. Todo ídolo se presenta como el supremo y exige sacrificios humanos. Sus creadores y guardianes se dedican a ensalzarlo y absolutizar su dominación y al mismo tiempo se constituyen a sí mismos en poderosos y dominadores. Su relación con los demás hombres es de dominación, convierten todas las cosas, y también a los humanos, en objetos e instrumentos de su afirmación y realización como único sujeto de poder. Se crean sistemas sociales en los que quien se sienta en la cúspide del poder político y social es hijo de Dios, hijo del Sol, o un ser supremo puesto en la tierra y consagrado por “la gracia de Dios”. En Japón, en Egipto, en México, o en Versalles con el Rey Sol, la cúspide del poder es indiscutible por derecho divino y el supremo poder se autodivinizan, mientras los súbditos sirven de pedestal. Pareciera que estas cosas pertenecieran sólo al mundo religioso, pero el reino secular que destierra toda religión crea también ídolos como la diosa Razón con sus promesas de liberación, o como Stalin, Kim Il Sung, Mao Tse Tung o Hitler. Todos prometen a sus súbditos (a sus

sometidos) la felicidad y el paraíso a cambio de la sumisión total. En momentos estos ídolos se desdoblaron en poder político y poder económico absolutos y en otros se funden ambos, pues el poder de dominación es monolítico. La riqueza, como dice Jesús de Nazaret, se convierte en Dios y exige sacrificios humanos de los pobres y despojados. La riqueza no lo es todo, pero ofrece comprar todo lo que el hombre anhela, incluso la felicidad permanente. También las religiones se alían con el poder y se fortalecen ambos, el uno refuerza la dominación física y el otro le otorga la legitimación, la bendición de los dioses y la sumisión de los fieles, a cambio de la felicidad al menos en la otra vida.

Estas ofertas para ser como dioses construyen imperios y realidades impresionantes como las pirámides de Egipto y México, el Tercer Reich, el Estado comunista omnipotente sin propiedad privada, con la promesa de abrir las puertas del paraíso sin mal y sin fin, o las formidables construcciones instrumentales de la Ilustración y de la modernidad científico-tecnológica. Nunca antes la humanidad conoció unas construcciones tecnológicas, unas torres de Babel tan exitosas, tan generalizadas y tan universales como la promesa de alcanzar a todos en una cadena de consumo y satisfacciones sucesivas sin fin.

Como vivimos en esta etapa de la emancipación secularista y de la utopía de la razón(a veces anti utópica), vamos a presentar unas pinceladas del cuadro contemporáneo.

RAZÓN Y CREACIÓN DE UN MUNDO SIN MAL

Lo que predomina en el mundo moderno se cimentó en el mito-utopía de la diosa Razón que con su iluminación prometía librarnos de todo mal. Derivado de él y contradiciéndolo, es el mito-utopía del paraíso comunista en la tierra, del hombre nuevo libre para siempre de todo mal, privación y alienación. Para ambos la fe cristiana era enemiga de la humanidad y mantenía el oscurantismo y la alienación. La fe era incompatible con la ciencia y también con la justicia social. La humanidad anterior a esas revoluciones era oscurantista y alienada, apenas era la prehistoria humana.

Hoy somos herederos de una revolución cultural, con su expresión productivo-económica y político-social y testigos del fracaso de sus dos utopías seculares arregligiosas. Pero todavía no hemos sacado las consecuencias de este fracaso. La Ilustración, como revolución cultural que entroniza la razón, prometía en el siglo

XVIII europeo un nuevo estadio de la humanidad libre de todo mal. Según la ilustración el mal se debe a la ignorancia y el Gran Arquitecto del Universo hizo un mundo conforme a razón y regido por leyes racionales que, si se respetan, producen la armonía y el bien. La religión precedente ha sido oscurantista y frente a ella la ilustración racionalista llevará a conocer esas leyes ocultas en la naturaleza de las cosas. Su descubrimiento y seguimiento fiel traerá automáticamente el bien, pues el mal lo hacemos por ignorancia. No solamente las leyes naturales de la física y la biología, también la economía, la psicología y la sociología ("física social") tienen su leyes racionales. En la medida en que las conozcamos y las adoptemos sin interferencia de autoridades externas, ni leyes morales, la sociedad se librará de la ignorancia y del mal. De ahí - por ejemplo- deducen que la economía liberal, sin intromisión estatal ni sometimiento a leyes éticas externas, por la búsqueda del propio interés de cada uno se produce la felicidad de todos a causa de esa misteriosa armonía preestablecida que se expresa en el mercado libre. Y así en otras dimensiones de la conducta humana.

Es cierto que la Ilustración, el racionalismo y el libre mercado produjeron maravillas de progreso. Pero también que la economía liberal, sin estado, ni moral, ni leyes, ni organizaciones laborales, produjo una espantosa miseria proletaria que estaba en pleno apogeo en la segunda mitad del siglo XIX en Europa. Un siglo después, la conciencia humana, las luchas sociales y las terribles guerras, llevaron a esas mismas sociedades a la corrección y, por la combinación del mercado con el Estado protector del bien común y expresión de la ley, produjeron modelos de bienestar impensable antes; pero estos logros son siempre inestables, mejorables y reversibles de acuerdo a la responsabilidad solidaria de cada generación. Para ello se requiere el reconocimiento de los otros como sujetos legítimos de aspiraciones y productores de su vida digna y la solidaridad con ellos, si se quiere una sociedad crecientemente humana.

A mediados del siglo XIX, en el momento de más auge del liberalismo i y de la burguesía revolucionaria de los medios de producción y fábrica de la miseria proletaria con sus funestas consecuencias sociales, otro racionalista ilustrado, Carlos Marx, dijo que había descubierto una ley científica que explicaba el origen de toda esa miseria proletaria y alienación humana y que era la clave para producir en la tierra el definitivo paraíso sin mal y el hombre nuevo. La raíz de la alienación consistía en la apropiación privada de los medios de producción; ella sería la causa de la miseria y de la explotación humana y su eliminación por la revolución proletaria abriría la puerta de entrada al paraíso y el hombre nuevo sin estado ni religión, sin divisiones ni escasez.

Para ambas utopías racionalistas, la liberal y la comunista, la religión era no sólo innecesaria, sino contraproducente. Para Marx era incluso la quintaesencia de la alienación humana. Para unos la ciencia racionalista era incompatible con la fe y ésta, al implantarse el racionalismo científico, quedaría como cosa del pasado oscurantista. Esto trajo el consiguiente debate Fe-Ciencia en el que el mundo cristiano (un tanto a la defensiva) afirmaba que la fe cristiana y la ciencia no eran incompatibles, sino verdades de diverso orden. Lamentablemente se tardó más de un siglo en admitir que no eran ni absolutos ni excluyentes (Concilio Vaticano II) y por tanto no debían buscar la eliminación del otro, sino el complemento mutuo.

Luego vino el debate Fe y Justicia. De acuerdo al enfoque marxista, una vez eliminadas la miseria material y la explotación humana, la fe se extingue al quitársele la base material, pues ella es el “opio del pueblo” para adormecer su sufrimiento, el “suspiro en la miseria” y “el corazón de un mundo sin corazón”. Una vez suprimida la raíz de la alienación y eliminada toda injusticia, la religión muere, carente de todo sustento material.

LA IRRACIONAL APLICACIÓN DE LA RACIONALIDAD INSTRUMENTAL

Lo que está a la vista, luego de dos siglos y medio de vigoroso caminar ilustrado es que las leyes racionalistas por sí solas - ni las liberales ni las marxistas - no producen automáticamente una sociedad justa, libre de explotación y de todo mal. Hoy es empíricamente evidente que el mal existe en las sociedades ilustradas y también en las que se suprimió la propiedad privada; y que ni la paz, ni la justicia social, ni el hombre nuevo florecen con sólo el avance racionalista, pues las leyes científicas y la tecnología instrumental no llevan incorporadas en sí mismas su aplicación unilateralmente buena a favor de la liberación humana. Sigue siendo verdad que con frecuencia no hacemos el bien que queremos y hacemos el mal que no queremos. Lo que es empíricamente demostrable es que las leyes racionales desatan enormes potencialidades humanas que pueden ser aplicadas para más vida y dignidad de todos, pero también para más muerte y opresión. Está a la vista que las dos guerras más espantosas y los dos regímenes totalitarios más monstruosos, se produjeron en la Europa más adelantada y se apoyaron en los mejores avances científico-tecnológicos y organizaciones políticas de mayor eficacia de dominio racionalista con fines y promesas míticas y utopías (el Tercer Reich y el Paraíso Comunista) de ilusa plenitud en la tierra. Todo eso no es algo

que ocurrió en el siglo XX y quedó definitivamente superado, sino que su amenaza permanece, pues cada vez hay más potencial destructivo y sigue siendo verdad que “el hombre es lobo para el hombre” (Hobbes); pero al mismo tiempo esos mismo lobos tienen en sí vocación de hermanos por el reconocimiento, afirmación y amor de los unos por los otros.

HUMANIZACIÓN Y FE- AMOR

La clave de la humanización y del uso humano de la racionalidad instrumental está en el aprendizaje de cada persona y de las sociedades a salir de sí mismos, y encontrarse con el otro en el nosotros y la creación de institucionalidad social, instancias públicas nacionales e internacionales con leyes y autoridad. Los cristianos sabemos que Jesús nos ofrece esa clave y que la fe-amor que nos ofrece es imprescindible para la humanización, pues ella reconoce y afirma al otro por encima de los dioses que lo reducen a objeto. Dios-amor nos hace sujetos e interlocutores de él y de unos con otros. La humanidad no será humana si se reduce a 6.000.000.000 millones de individuos, cada uno buscando hedonistamente su propio interés. La sociedad humana es algo muy distinto de la yuxtaposición de individuos.

Por otra parte es evidente que el desarrollo de la racionalidad instrumental dispone de medios prodigiosos y posibilidades de desarrollo capaces de vencer limitaciones, pobreza y muchas carencias de la humanidad, aunque no la muerte. Hoy el gran déficit de la humanidad no está en la imposibilidad instrumental, sino en la falta de voluntad para usar los instrumentos con solidaridad para que el mundo entero pueda disfrutar y afirmar en paz la vida, dignidad y unidad, dentro de la diversidad. Sin duda alguna en todos los países hay avances notables, por ejemplo en relación a la pobreza del pasado, pero no se logra su eliminación ni la desaparición de la amenaza de guerra, ni se suprime el millonario armamentismo destinado a la matanza o para prevenir la matanza. Esto depende de la conversión del corazón y de la apertura de las voluntades humanas hacia un nosotros de reconocimiento y una afirmación mutua como sujetos. La racionalidad instrumental se ha potenciado y su hegemonía se concentra en pocos centros de poder económico-financiero y político, para el incremento de sus intereses propios, lo que genera nuevas amenazas y desvíos de recursos hacia el enfrentamiento y la muerte. La brecha de pobres y ricos es escandalosa y la carencia de alimentos de cientos de millones revela el uso irracional de las posibilidades técnicas racionales.

El Dios-Amor que vive y nos ofrece Jesús es lo que da sentido e invita a ordenar los instrumentos para que el hombre viva. Esa es la gloria de Dios.

Al mismo tiempo está amenazado nuestro hábitat terrestre, gracias justamente al desarrollo tecnológico instrumental y a la maximización de la ganancia por encima de todo lo demás. Es tal el potencial transformador desarrollado que el hábitat terrestre de la humanidad está amenazado y el dominante (e idealizado) modelo económico de producción y de consumo - si se generalizara a todas las naciones y a toda la población- destruiría la tierra. Lo que hace ver que no basta la racionalidad de los medios, sino que es necesaria la racionalidad de los fines en términos humanistas y de defensa de los derechos humanos de todos, los que viven y los que vivirán en el futuro. Sólo así es sustentable el desarrollo.

De esta manera pasamos de la fe sentada en el banquillo por la razón a reconocer que la humanidad no logra su reconciliación, ni avanza en su humanización sin la conciencia del otro afirmado como sujeto y sin la voluntad de formación en valores con una visión de la sociedad universal, inclusiva y humanizadora. Es decir, tanto la ciencia como la justicia social requieren de la fe-amor para producir un mundo humano. Por eso hoy los cristianos tenemos el gran reto de asumir la razón instrumental y la lucha por la justicia con su horizonte de plenitud utópica, pero al mismo tiempo vivir al Dios-Amor que impide la esclavitud del economismo consumista y de la utopía convertida en Estado opresor con su pretensión de encarnar la tierra sin mal y crear el hombre nuevo. Afirmamos que la ciencia necesita de la fe-amor para que sea plenamente humana su aplicación y que la justicia social es imposible sin esa fe-amor. Naturalmente hay que discernir cuál es esa fe, pues la religión puede ser también la gran aliada y legitimadora de sistemas de opresión y alienación y en nombre de la fe cristiana se han desatado crueles guerras e inquisiciones. Nosotros como seguidores de Jesús no apoyamos cualquier forma de religión, ni cualquier pasado de la cristiandad, sino la vivencia del Dios-Amor en Jesús y el valor no instrumental de todos y cada uno de los seres humanos (Juan, Primera carta 4,1-40).

La antropología humana y la espiritualidad cristiana consideran que los seres humanos **no tendemos exclusivamente al bien y a la verdad**, sino que estamos inclinados también a crear ídolos y falsos dioses que se alimentan de la dominación y de la exclusión humana. El crecimiento de la racionalidad instrumental no elimina la vieja verdad antropológica, común a hombres y mujeres de que “no hago aquello que quiero, sino que hago lo que no quiero” y que soy capaz de querer el bien, pero no de realizarlo (Pablo Romanos 7,15-18) El mun-

do y el corazón humano son campos de batalla entre el bien y el mal, pero no en ejércitos contrapuestos sino entremezclados. La antropología y la historia nos dicen que el hombre y la mujer son al mismo tiempo individualistas y solidarios, que el “homo homini lupus” (que el hombre es lobo para el hombre) de Hobbes es verdad, pero también lo es que el hombre es hermano para el hombre. No somos “yos” completos individuos autosuficientes que luego se relacionan. Nacemos del nos-otros y nos realizamos como “yos” en el “nos-otros”

En esa realidad ambigua se debate y forma la libertad humana responsable. En ella entra **la espiritualidad** como realización y como camino de libertad. Jesús nos muestra que la felicidad está en darse y que quien da la vida por amor la encuentra, aunque pareciera que la pierde.

Jesús nos enseña –y la experiencia lo demuestra– que para realizarse como persona, hay que **salir de sí** y encontrarse en el **nosotros**. Salir de sí que significa dar la vida por el otro, afirmar al otro en sí, establecer con él una relación de gratuidad y no de dominación. Esta dimensión de gratuidad (presente en el reconocimiento y amor al otro), evidente en el ámbito familiar, se percibe cada vez con más claridad como necesaria para toda convivencia humana. Su ausencia, termina en un “darwinismo social” donde sólo los más fuertes disfrutarán de los adelantos y también de los bienes escasos de la humanidad como serán el agua, ciertos combustibles, la atmósfera pura, la paz y la seguridad... La “opción preferencial por los pobres”, por los hombres y mujeres sin atributos especiales, es un distintivo cristiano y humano, que apunta a la inclusión en el amor radical de Dios, no sólo a los más cercanos y a los que más valoramos y debe ser nuestro rasgo distintivo.

UTOPIA ENTRE LA ESPERANZA Y LA OPRESIÓN TOTALITARIA

Al mismo tiempo somos conscientes de que no hay utopía plenamente realizable - ni la liberal, ni la marxista, ni laica ni religiosa - pues descansan sobre un error antropológico-espiritual. La historia ha demostrado (ver Revolución Francesa, Rusa, Nazi...) que todo régimen político con pretensión de atrapar y encarnar en sí la plenitud utópica cae en el totalitarismo de un signo o de otro. El valor positivo de la utopía está en ser siempre horizonte y deseo interior de superación permanente de una humanidad cuya plenitud no tiene lugar en la historia (uk topos) sino en la plenitud del amor de Dios que se nos da.

En la lógica dominante y exitosa del racionalismo instrumental unidimensional el hombre es objetivado y el “homo faber” se convierte en “homo fabricatus”, es decir en objeto producido; cada uno se siente a sí mismo sujeto y a los demás objetos. y para los otros. Él a su vez para los otros es objeto, objeto de producción, de dominio y de utilización conforme a los intereses e instintos propios. Esto ocurre en los individuos, en las corporaciones y en las naciones. De ahí el choque permanente de dinámicas objetivadoras y poseedoras contrapuestas. Por eso no se da la afirmación del otro como sujeto reconocido y amado, sino se busca su sometimiento e instrumentalización: el esclavo, el extranjero y el pobre, el de otra cultura y nación no tienen sentido en sí, sino en mí.

Por ejemplo, vemos en la conquista de América el enfrentamiento de una dinámica de búsqueda de riqueza por parte de los españoles, que en consecuencia suponía el despojo de los indígenas y su reducción a la condición de objetos e instrumentos de los dominadores. Esa lógica lleva a la religión cristiana a instrumento de legitimación de los atropellos y el asesinato de culturas y la dominación de pueblos se metaformosea hace la en caridad que los saca de su barbarie. Ya desde la primera hora de América hora surge desde dentro del cristianismo el grito contrario, como expresa Bartolomé de Las Casas (convertido él mismo de esclavista de indios en su defensor) al referir el sermón del dominico Antonio de Montesinos en La Española en 1511 a los conquistadores y colonos que despojaban y trataban a los indios como objetos e instrumentos de sus intereses: “*¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos?*”.

El reconocimiento de los indios como personas y su dignidad y condición de sujetos, desató toda una larga batalla real e intelectual, en América y en la Corte de España y produjo frutos como la pronta prohibición de la esclavitud indígena, el “derecho de gentes” de Francisco de Vitoria contra el derecho de conquista de la teología oficial, la denuncia de José de Acosta de la escandaloso reparto de indios en encomiendas semiesclavistas, o la formidable construcción mixta (con elementos civilizatorios indígenas y europeos) de las repúblicas de las “Reducciones Jesuíticas del Paraguay” para lograr un orden económico social y político donde los indios se transformaran en protagonistas, productores y beneficiarios de sus repúblicas y no fueran cazados por los portugueses para venderlos en sus mercados esclavistas o repartidos por los españoles en encomiendas como objetos e instrumentos de producción de riqueza para sus dueños. El esclavo se vende, se compra y se mata, según la conveniencia propia. Los otros pueblos se saquean y dominan, se convierten en bienes para mí. La guerra y la ley del más fuerte

son inevitables en esta dinámica, a veces atenuada por el miedo mutuo y por la capacidad tecnológica de aniquilamiento o destrucción.

¿SER COMO DIOS?

Pero el hombre no es sólo lobo para el hombre, ni Caín para Abel. También se siente hermano y aliado. ¿Qué aporta la fe cristiana qué dice y hace en esa búsqueda de ser “como dioses”? Es un hecho que el cristianismo en sus dos mil años no se libra de la historia e influjo de los dioses del poder, de la riqueza, de la guerra... Pero su fuente e inspiración es totalmente distinta. Jesús se afirma como Hijo del Hombre e Hijo de Dios. Coincide con la serpiente del paraíso en prometer “serán como dioses”, pero un Dios totalmente distinto, Dios-Amor. Somos creados y llamados a ser imagen y semejanza de Dios-Amor. Amor que es don gratuito y en cada uno que lo recibe se convierte en fuente de amor que se com-padece y sim-patiza, reconoce y afirma al otro. Gratuidad dialogal que constituye en sujeto al otro a quien se da; se constituyen mutuamente. Partiendo de un tú y un yo rivales y objetivadores (negadores de la subjetividad del otro) predispuestos al enfrentamiento y la lucha por la dominación, construyen un “nos-otros”, donde el “nos” y los “otros” no se anulan sino que se realizan. En la relación de sujeto con sujeto **surgen la conciencia, la libertad y el amor**, capaces de asumir los instintos de poder, de posesión, los instintos económicos y sexuales y convertirlos en medios e instrumentos de vida y comunicación mutuas; no como tareas prometeicas, sino como un don gratuito de Dios-Amor. Este es el misterio de la Encarnación del Verbo. Como lo vive y lo muestra Jesús, los humanos se hacen como dioses saliendo de sí mismos para dar la vida al otro y en ese diálogo de la gratuidad, de dar y recibir, se encuentran a sí mismos.

Esta dinámica del Espíritu que Jesús explicita como rostro y esencia de Dios, es la dinámica de la humanización. Asumir y sublimar el instinto y la razón (y toda su dinámica de producción, mercados, organizaciones sociales y poderes políticos) y convertirlos en instrumentos de la humanización eliminando fronteras y guerras y descubriendo que la Humanidad es una en la pluralidad y que el amor afirma la realización de todos. El Dios de Jesús, creador también de los animales humanos dotados de instinto y de razón, nos invita al reconocimiento del otro como sujeto, en lo que siempre hay gratuidad. Como dice Dostoievski, no tenemos nuestra fórmula de realización cerrada como el instinto animal de la hormiga y de la abeja, pero tampoco estamos desprovistos y ciegos en esta búsqueda de nuestra

realización humana, sino que por el don del Espíritu estamos dotados de conciencia, de amor, y de libertad responsable; no es la “fórmula”, sino es el Espíritu.

No somos el único animal mal hecho e incongruente entre lo que es y lo que quiere ser, que carga sacrificada e inútilmente la roca de Sísifo sin nunca poder alcanzar la cumbre. No somos un saco de ilusiones en un chinchorro colgado entre dos nadas antes y después del nacimiento y la muerte. Es cierto que también los cristianos en sus dos mil años y La Iglesia y sus autoridades, con frecuencia han sucumbido a la lógica del poder y del tener y también ha hecho esclavos y objetos humanos fomentando el sometimiento y el miedo, en lugar de sujetos de pleno derecho y responsabilidad creativa en la comunidad cristiana y en la sociedad humana. Pero el corazón de la fe cristiana siempre ha sido el Jesús histórico de carne y hueso que reconoce y convierte en sujeto al leproso, al pecador, al tullido y al excluido y les dice dándoles la mano “levántate y camina”.

Ante la dificultad de humanizar el mundo y domesticar sus poderes está la tentación de construir dos mundos totalmente separados y distintos: uno regido por la dinámica de objetivación e instrumentalización del otro, que construye un mundo mundano donde reinan exitosamente (al menos para algunos) el poder, el poseer y el hedonismo individualista guiados por los instintos: el reino de este mundo. Y el otro, el Reino de Dios y sus valores evangélicos relegados al desierto de los monjes, a la mera interioridad, o a la “otra vida”. Se dividen radicalmente los espacios sagrados y profanos de la humanidad y se hacen pactos de complicidades. Todo menos hacerse cargo con la fe-amor de este mundo y transformarlo metiendo la levadura dentro o descubriendo el Espíritu que alienta dentro, tanto en lo privado como en lo público de la sociedad.

El gran reto es afirmar y asumir la racionalidad y los instintos, pero reconocer que el mundo, en la medida en que sea dominado por ellos como reyes absolutos y autosuficientes, es y será un infierno por la incapacidad de gratitud mutua que, al darse al otro, se encuentra a sí mismo en el nosotros. El aporte del cristianismo en el siglo XXI (junto con otros religiosos o seculares) es asumir esta realidad y transformarla por el amor que hace sujeto al otro, negar la bendición de Dios a toda dinámica de dominación que priva al otro de su condición de sujeto creador y corresponsable. No hay paraíso en la tierra, ni habrá tierra sin mal, ni hombre nuevo definitivo que por su naturaleza nueva y por las leyes descubiertas sólo herede el instinto de hacer el bien y donde los prodigios de la razón sólo sean aplicados para el bien, para la paz y el diálogo y no para la guerra y la destrucción. Cada generación, cada persona se hace libre y responsablemente hombre nuevo.

Cada uno se encuentra con el herido y por él es invitado, como el buen samaritano, a com-padecerse y sim-patizar y hacerse hermano de él, aunque nunca lo haya visto y pertenezca a un pueblo “enemigo”.

Para ser libres y capaces de ordenar el uso de la razón y sus instrumentos, es necesario **“ordenar los afectos”** y los **“intereses propios”**. Libertad espiritual indispensable para ser solidarios y para crear las instituciones (nacionales e internacionales, públicas y privadas) que sirvan a la vida y no simplemente a los intereses de dominio y de ganancia de los más poderosos.

La sabiduría evangélica (tan en el corazón de los Ejercicios Espirituales) nos hace comprender vitalmente que el poder y la riqueza son dioses que dominan el corazón humano y penetran también instituciones y decisiones públicas, a no ser que vivamos el Amor como un Dios más fuerte y absoluto (Marcos 2,27; 10,42 y Mateo 6,24) . El poder y la riqueza son tan fuertes que quieren (con frecuencia lo logran en las religiones) a un dios subordinado a ellos. Sólo el Dios-Amor gratuito no entra en la red de esos dioses del tener y del poder y verdaderamente los trasciende. Esa gratuidad nos lleva a hacernos samaritanos que se compadecen del herido. Sólo quien como Jesús experimenta el Amor (al Padre y a los hermanos) como un amor superior puede liberarse de los otros dioses y convertirlos en instrumentos para dignificar la vida. Amor mayor que nos permite ordenar los afectos.

MODOS DE APOORTE DE LA FE CRISTIANA A LA HUMANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

De manera muy escueta podemos resumir algunos aportes más significativos de la fe cristiana por su propia naturaleza a la convivencia ciudadana en este mundo globalizado.

1- Impide la creación de ídolos en cuyo reinado absoluto está tentado el mundo a poner toda su esperanza y su búsqueda. Ni la posesión y dominio de los bienes económicos, ni el poder político de dominio absoluto, ni el consumismo sucesivo cambiante e ilimitado “ad infinitum”, ni el sexo, ni los instintos hedonistas como ley suprema individualista... No basta denunciar la fe en estos absolutos, hay que superarlos. La fe-amor cristiano cultiva internamente un amor mayor y enseña a salir de sí mismo y a gustar la afirmación de los otros. De esa afirmación, compasión y solidaridad surge la posibilidad de convertir la posesión económica y el poder político en instrumentos al servicio de la vida, lo que es imprescindible

para un mundo global en paz y una tierra y hábitat cuidados.

2- La utopía es horizonte de plenitud y sus valores mueven y guían la creatividad humana permanente. Siempre es horizonte (uk topos = no lugar) y contribuye significativamente a la construcción de logros históricos concretos, siempre lejos de la plenitud buscada. Cuando un régimen pretende encarnar la plenitud de la utopía inexorablemente termina llevando a los opositores a la guillotina, al campo de concentración, o a la hoguera de la inquisición. Los adversarios pierden el derecho a existir al convertirse en enemigos de la humanidad cuya felicidad completa encarna el régimen o el orden utópico que se impone. Sólo Dios-amor es absoluto y su afirmación no negociable de la persona humana, independiente de los atributos especiales que tenga o no. También la vivencia de Dios-amor gratuito impide la perversión religiosa y la transformación del servicio religioso en dominación. Así lo vemos en Jesús y en el choque de su fe-amor con la religiosidad ritualista y puritana del templo y de las leyes y sacrificios para aplacar a Dios.

3- La fe cristiana se vive en comunidad y es escuela permanente de dignidad, de reconocimiento del otro, de participación responsable en la vida de la comunidad y de la sociedad.

Frente al clericalismo heredado, desarrolla la responsabilidad comunitaria compartida por todo el pueblo de Dios y los dones y servicios que cada uno saca de sí para el bien de todos.

Las prácticas responsables en la comunidad cristiana lleva a la responsabilidad en la sociedad haciendo que la razón y los bienes materiales y espirituales, el poder y los instintos no se absoluticen ni conviertan a las personas en medios e instrumentos.

4- La fe-amor desarrolla mil formas de prácticas para enseñar a salir de sí mismo y así encontrarse a sí.

Salir hacia los que socialmente son distintos por su identidad, cultura, nación, religión, género. Hablamos no sólo de salida interior y espiritual, sino de salida física, desplazamiento al encuentro con el otro distinto para poder mirar al mundo desde el lado de él.

5- La fe-amor contribuye a romper la cadena de agravios y de explotación y negación histórica.

La nueva sociedad no debe ignorar el pasado, pero tampoco quedar atrapado en él y repetirlo cambiando de signo, de modo que los dominados de ayer sean

los dominadores de hoy y viceversa. Esa división y enfrentamiento no permite construir una sociedad renovada. Más bien la fe-amor lleva la novedad de eliminar la dominación y la negación histórica por la unión en la construcción del bien común presente y futuro. No se resuelve el apartheid que discrimina a los negros instaurando un nuevo apartheid que excluye a los blanco y los somete, sino con la novedad de blancos y negros juntos construyendo un nuevo espacio de formación común. Se aprecia la diferencia comparando Suráfrica con Zimbawue y el reto al ver que Vietnam o Europa sólo se pueden construir mediante el reconocimiento y alianza de quienes ayer se hicieron terribles guerras para aniquilarse. La comunidad cristiana siempre es creadora de alianzas y de puentes.

6- **La fe-amor valora** lo temporal y pasajero, pues en darle un vaso de agua está el encuentro con el otro y con Dios y trasciende la muerte física. Enseña y **aprecia los medios** tecnológicos, científicos y productos que responden a problemas concretos, **pero no confunde ni convierte los medios con fines absolutos**. Su aporte no va incluido en la lógica instrumental del poder ni del hedonismo individualista.

“Serán como dioses” sí, pero dioses-amor que reconocen al otro, lo afirman y hace circular la gratuidad mutua hacia una humanidad plural reconciliada.